

# IGLESIA Y MUNDO EN LA «STORIA ECCLESIASTICA» DE DON BOSCO

Franco MOLINARI

## 1. Introducción

La dialéctica *Iglesia-mundo* en el curso de los siglos ha tenido vicisitudes alternas y contradictorias.

En la época de los mártires, el Evangelio ejerce una carga revulsiva y revolucionaria. En la llamada edad constantiniana, se llega a la confusión de los poderes y a la identificación de las dos esferas (*Ecclesiam et Imperium esse unum*).

Después de la fractura del siglo XVI, emprende su marcha en los siglos XVII y XVIII el proceso de secularización, que se acentúa con ocasión del Iluminismo, de la Revolución francesa, del *Risorgimento*.

La edad moderna y contemporánea se plantean una línea de tendencia hostil a la Revelación: la Ilustración lanza el ataque contra la divinidad de Cristo y contra la Iglesia, porque se la considera como maestra de intolerancia. El siglo XIX ostenta el movimiento ascendente de la incredulidad hasta el ateísmo, que se convertirá en ateísmo social. En esta última fase, el catolicismo se considera como una ciudad asediada por fuerzas hostiles, como arca de Noé, la única que ofrece salvación. A la contraposición frontal le sucede la competencia de la Iglesia con el mundo a través de las estructuras católicas, hasta que el Concilio Vaticano II lanza el diálogo y el servicio.

Los documentos pontificios (desde las encíclicas romanas hasta las pastorales diocesanas) trazan con ardor y polémica el itinerario de la civilización moderna. Lutero se rebela contra el Papa, la Ilustración rechaza la Revelación sobrenatural, hasta que explota el ateísmo, que inicialmente es un fenómeno burgués y después se trasmite a la clase obrera.

En el campo de las ideas, el Maritain de los tres reformadores une y sitúa en el mismo plano descendente el libre examen de Lutero, la duda metódica de Descartes y la libre educación de Rousseau; y es significativo que hasta el joven Montini traduzca al italiano en 1928 los *Tres reformadores*,<sup>1</sup> con el mérito de

<sup>1</sup> J. MARITAIN, *Tre riformatori*, Brescia, Morcelliana 1938 (2ª ed. 1964). Maritain considera a

contribuir a la desprovincialización de la cultura italiana y con el acierto de un prefacio abierto al diálogo, pero con el grave inconveniente de contradecir el *cliché* lanzado, entre otros, por Cornoldi, que afirmaba hacia 1870 que la historia del pensamiento moderno no es más que la patología de la razón humana.<sup>2</sup>

¿Cuál es la lectura que hace el joven don Bosco de esa cuestión en la *Storia ecclesiastica*? Téngase presente que publica esta notable obra juvenil a la edad de treinta años, con el deseo, no de ponerse en la línea de la historiografía científica todavía inmadura en el campo católico,<sup>3</sup> sino de contribuir a la formación de los jóvenes en la total y entusiasta fidelidad a la Sante Sede. El *leitmotiv* del volumen, que se modela sobre Loriguet, Soave, Bercastel, está bien precisado en el final apologético sobre los triunfos de la Iglesia descritos en la parte que cierra la *Storia ecclesiastica*.

Y, sin embargo, algún estudioso sitúa a don Bosco junto al P. Curci, entre los famosos conciliadores aplastados y reducidos al silencio por la supremacía de los combativos intransigentes; y el motivo es que tenía muchos amigos entre los políticos influyentes y actuó con frecuencia como intermediario entre el gobierno y la Santa Sede.<sup>4</sup>

Esta tesis del inglés Seton Watson tiene un núcleo de verdad, es decir, que don Bosco actuó de mediador<sup>5</sup> en el nombramiento de los obispos para las innumerables diócesis vacantes y para el *exequatur* (ver los estudios ejemplares y documentados de Francesco Motto). Pero haber hecho de puente entre el gobierno de Vittorio Emanuele II y la Santa Sede no significa en absoluto que se

Lutero, Descartes y Rousseau como a tres grandes de la civilización moderna, iniciada en el Renacimiento, llegada al ápice con la Ilustración y con la Revolución francesa. Maritain concede demasiado al género apologético, matizado de maniqueísmo, que separa con corte neto el bien y el mal, y emite una sentencia de condena global del pensamiento moderno, el cual ha tenido, sin embargo, el gran mérito de defender la dignidad de la persona humana, brutalmente pisoteada en el *Ancien Régime*.

<sup>2</sup> C.M. CORNOLDI, *Lezioni di filosofia ordinate allo studio delle altre scienze*, Firenze 1872, p. XXIII. Tal descalificación global de la mentalidad moderna no es algo propio de Cornoldi, sino un lugar común de la cultura católica, y aparece como componente programático de la «Civiltà Cattolica». Cf. C.M. CURCI, *Il giornalismo moderno e il nostro programma*, en «Civiltà Cattolica» 1 (1850) 5-24 (aquí habla el Curci intransigente y temporalista).

<sup>3</sup> F. TRANIELLO, *Cultura ecclesiastica e cultura cattolica*, en: *Chiesa e religiosità in Italia dopo l'Unità (1861-1878)*, Relazioni II, Milano, Vita e Pensiero 1973, p. 3-28; también Curci en la segunda fase de su pensamiento denuncia la pobreza y el atraso científico de los estudios eclesiásticos: C.M. CURCI, *La nuova Italia e i vecchi zelanti*, Firenze 1881; G.D. MUCCI, *Carlo Maria Curci il fondatore della «Civiltà Cattolica»*, Roma, Studium 1988; ID., *Il primo direttore della «Civiltà Cattolica»*. Carlo Maria Curci tra la cultura dell'immobilismo e la cultura della storicità, Roma, Ed. Civiltà Cattolica 1986.

<sup>4</sup> SE, 387-388. (Esta sigla se refiere, como se indica en las «Siglas y abreviaturas», a la edición de 1845. Las ediciones siguientes se citarán indicando, después de la sigla SE, el año de edición y la página correspondientes). Acerca de los católicos conciliadores y las varias corrientes: F. TRANIELLO, *Cattolicesimo conciliatorista*, Milano, Marzorati 1970.

<sup>5</sup> C. SETON WATSON, *Storia d'Italia dal 1870 al 1925*, Bari, Laterza 1967, p. 73. 813.

situase a mitad de camino entre Rattazzi y Pío IX y menos aún que trabajase por la reconciliación entre la Iglesia y el mundo moderno; en efecto, por una parte era un fiel ardoroso del pontificado romano<sup>6</sup> y un convencido asertor del poder temporal, del *Syllabus*, de la intransigencia papal; por otra, gozaba de la confianza de los liberales por su desinteresada acción filantrópica a favor de la juventud dispersa, socialmente peligrosa y por su vertiginoso dinamismo y el espíritu de sacrificio manifestado en las negociaciones. Y es precisamente su total entrega a la causa papal lo que le consintió superar obstáculos formidables como la hostilidad final del arzobispo Gastaldi y arrancar a las cumbres vaticanas la aprobación de una obra revolucionaria como la creación de los salesianos:<sup>7</sup> revolucionaria por la atmósfera que desataba, por el ambiente que pretendía alcanzar, por la nueva figura de sacerdote metido en la masa caótica y ruidosa de jóvenes que jugaban y gritaban en un patio; una figura tan diferente del sacerdote tridentino, concebido como hombre de lo sagrado, separado del pueblo hasta en la misa (y los muros de separación eran la lengua latina, la balaustrada, la casa cural, la nula familiaridad y la separación total de los laicos, tan calurosamente inculcada por San Carlos en las *Acta ecclesiae mediolanensis*). Precisamente por ese carácter atrevidamente innovador, don Bosco se verá obligado a modificar repetidamente su regla, antes de que quedase aceptable para las exigencias oficiales, preocupadas por contener las nuevas iniciativas en fórmulas aprobadas en los tiempos pasados.<sup>8</sup> Veamos ahora si ese equilibrio que hace del sacerdote turinés el hombre de confianza de las dos orillas opuestas, está o no presente en la *Storia ecclesiastica*.

Se publicó este libro en 1845 y pertenece a la fase juvenil con todos los méritos y todos los defectos de la edad.<sup>9</sup> Entre los aspectos positivos de la obra está la claridad inmediata y comunicativa, facilitada por la forma catequística de preguntas y respuestas (con San Agustín, don Bosco pensaba: prefiero que me corrijan los doctos a que no me entiendan los rudos). El libro recogió aplausos y tuvo varias reediciones, no sólo por el estilo popular y luminoso y

<sup>6</sup> F. MOTTO, *L'azione mediatrice di don Bosco nella questione delle sedi vescovili vacanti in Italia dal 1858 alla morte di Pio IX*, en: BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 251-328. Motto, que actualmente está preparando la edición crítica del epistolario de don Bosco, opina que se puede llegar a encontrar algún manuscrito inédito.

<sup>7</sup> M. BELARDINELLI, *Don Bosco e il Concilio Vaticano I*, en: BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 239-250; entre otras cosas, se sabe que don Bosco fue uno de los que convencieron a Gastaldi para que votara incondicionalmente la infalibilidad pontificia en el Vaticano I; y que el Santo había conocido al futuro obispo Scalabrini cuando era rector del Seminario de Como.

<sup>8</sup> R. AUBERT, *La Chiesa Cattolica dalla crisi del 1848 alla prima guerra mondiale*, en: *Nuova Storia della Chiesa*, 5/1, Torino, Marietti 1977, p. 156; acerca de la novedad, en cierto sentido revolucionaria, de la imagen del sacerdote salesiano, cf. el ciclostilado: P. STELLA, *Il prete piemontese dell'800 tra la rivoluzione francese e la rivoluzione industriale*, Torino 1972 («Centro di Studi sulla Storia e la Sociologia Religiosa del Piemonte»).

<sup>9</sup> Se pueden encontrar noticias más amplias en: F. MOLINARI, *La «Storia ecclesiastica» di don Bosco*, en: BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 203-238; muy interesante el volumen: M. MIELE, *Tommaso Michele Salzano (1807-1890)*, separata de «Campania Sacra» 1986.

por una lengua sencilla y apropiada, libre de arcaísmos y piamontesismos dialectales, sino también por su uso escolar, especialmente entre los hermanos de las Escuelas Cristianas.<sup>10</sup> Estas reediciones no agradaron al autor, porque estaban plagadas de errores tipográficos. Sí se vio reflejado, en cambio, en la de 1871, que se presenta como cuarta edición mejorada. La revisión es sin duda positiva: se liman las virulentas polémicas de la primera edición y se distribuye la materia de modo más orgánico. Discutible y opinable, en cambio, es el abandono de la forma catequística de preguntas y respuestas y la transformación en texto puramente narrativo por obra de don Giovanni Bonetti, que eran un fiel colaborador de don Bosco. Sería interesante conocer los motivos de estas dos metamorfosis. Desde luego es curioso y singular el hecho de que, mientras sube y se exaspera la polémica católica hacia 1870, la nueva edición de don Bosco, aun a través de la intervención de Bonetti, modera los tonos anteriores, por ejemplo, sobre la «Divina vendetta» contra los herejes. Pero no mucho más.

## 2. Iglesia y mundo

Hay que señalar un hecho. Escribe la esquemática *Storia ecclesiastica* en los años 1844-45, bajo el pontificado de Gregorio XVI, un hombre tan abierto en el aspecto misionero como cerrado y conservador ante la civilización moderna (dijo «no» al ferrocarril y a la iluminación en el Estado Pontificio, por el temor de que sirviesen para la circulación y las reuniones nocturnas de los liberales). Por eso se comprende por qué el bajo continuo es el *De Triumphis Ecclesiae* publicado por Cappellari en 1799 y cuyo eco parece oírse en estos párrafos: «En todo tiempo fue combatida con el hierro y con la espada, y triunfó. Ella ha visto derrumbarse y arruinarse completamente en torno a sí los reinos, las repúblicas y los imperios; ella sola permanece firme e inmóvil. Corre el siglo decimonono desde que fue fundada, y se muestra hoy día en la más florida edad».<sup>11</sup>

Entre todos los grandes de la historia, Napoleón fue el personaje simbólico cuya historia, llena de alternativas, enseña la fuerza inquebrantable de la Iglesia perseguida, la inutilidad de descender a compromisos con el mundo (véase la ingratitud de Napoleón hacia el papa, que le había coronado emperador en París), la pena del tropiezo que Dios aplica contra los réprobos. Cuando murió

<sup>10</sup> La obra está dedicada al H. Hervé de la Croix, provincial de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, amigo de don Bosco.

<sup>11</sup> SE, 387-388; es menos polémica la fórmula usada en 1871, en la que se enuncia: «Finalmente comunque vediamo la Chiesa perseguitata, nulladimeno dobbiamo rimanere fermi nella fede; tenendo per certo che la guerra finirà col trionfo della Chiesa e del suo supremo Pastore» (SE 1871, 371). Como se ve, fue tachado el párrafo sobre la caída de los reinos, repúblicas e imperios, quizás porque el año anterior había desaparecido el Estado Pontificio.

Pío VI, los revolucionarios de Francia declararon: «Ha muerto el último papa». <sup>12</sup> «Pero es Dios quien fundó y gobierna la Iglesia, por eso resultan vanos todos los esfuerzos de sus enemigos». <sup>13</sup>

Napoleón hace esperar un gobierno más dulce y menos sanguinario. <sup>14</sup> Por eso Pío VII, que había sido elegido en Venecia a pesar de los augurios de desgracias, estipula con él el Concordato, que él se apresura a violar. El papa acepta ir a París para coronarlo emperador, pero éste «recompensó la condescendencia del papa con la más monstruosa ingratitud, dejándose llevar de excesos contra él, de los que hasta entonces no se tenían ejemplos». <sup>15</sup>

Napoleón se rio y burló de las sanciones papales, exclamando: «¿Cree, quizás, el papa que sus excomuniones harán caer las armas de las manos de mis soldados?». <sup>16</sup> Pero tuvo que experimentar que favorecer a la Iglesia es principio de grandeza, y perseguirla principio de ruina. <sup>17</sup>

El insolente emperador «es tomado por la fuerza y hecho prisionero, viene conducido a Fontainebleau, en aquel mismo palacio en el que tuvo en cadenas al Santo Padre, y riega con las lágrimas de su desesperación aquellos mismos lugares, donde hizo correr las lágrimas del Vicario de Jesucristo». <sup>18</sup>

El mundo, para don Bosco, como para San Agustín y San Alfonso, está sucio. Los buenos y los malos están divididos por murallas altísimas, como el pobre Lázaro en el seno de Abraham y el rico Epulón en el fuego del infierno. Pero, mientras el autor del *De civitate Dei* encuentra «en el potentísimo e ilustre imperio romano la preciosidad de las virtudes civiles, aunque sin el sello de la verdadera religión», <sup>19</sup> don Bosco no halla fuera del perímetro católico ningún alma de verdad, o razón seminal, como afirma la línea abierta por el filósofo Justino que, aunque perseguido y martirizado por el paganismo, tuvo una profunda comprensión hacia los valores cristianos que estaban también en el paganismo como semillas esparcidas de la Verdad plena.

En esta psicología de rechazo, don Bosco sigue la escuela de la corriente contrarrevolucionaria y romántica (De Maistre, Chateaubriand, Donoso Cortés, etc.), desde San Alfonso de Ligorio, los papas de la Restauración. No falta alguna expresión o matiz nuevos.

Los bienpensantes, como el masón católico Joseph De Maistre, consideran los acontecimientos revolucionarios y jacobinos como «desorden, locura, im-

<sup>12</sup> SE, 371; en la edición de 1871 (p. 330) la frase es omitida y sustituida con una expresión que se limita a narrar los hechos.

<sup>13</sup> SE, 359.

<sup>14</sup> SE, 360.

<sup>15</sup> SE, 361.

<sup>16</sup> SE, 366.

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> SE, 367; idéntica la redacción de 1871 (p. 335).

<sup>19</sup> *Patrologia latina*, 33, 533. Agustín prosigue: «para que se comprendiese que con la añadidura de la misma [la verdadera religión] los hombres se hacen ciudadanos de otra ciudad, en la que el rey soberano es la verdad, la ley es la caridad y la medida de la vida es la eternidad».

piEDAD, ruina de todos los principios y de todos los sostenes políticos y morales de toda convivencia civil».

La apologética católica denuncia las muertes, la anarquía, el asalto a la propiedad, la persecución de la Iglesia en el clero no jurado y en el papa. También los inmortales principios «libertad, igualdad, fraternidad», que aun hundidos en tierra de Evangelio, se rechazan en bloque, porque violan los derechos de la autoridad de origen divino, favorecen la indiferencia religiosa, deforman la libertad y la transforman en licencia.<sup>20</sup>

Don Bosco, falto de perspectiva histórica y de solidez cultural, no comparte la postura de Rosmini que piensa que empobrecer a la Iglesia significa salvarla. La Iglesia sale de la revolución empobrecida y despojada del poder político. ¿Pero era eso un daño grave?

Rosmini compara las riquezas de la Iglesia con la armadura de Saúl que le hacía a David impotente, y exclamaba: «¿En qué parte encontraremos un clero inmensamente rico, que tenga la valentía de hacerse pobre? ¿O que tenga al menos la luz de la inteligencia no empañada para darse cuenta de que ha sonado la hora, en la que empobrecer a la Iglesia es salvarla?».<sup>21</sup> Aunque alineado en la intransigencia contrarrevolucionaria y en el moralismo tradicional, don Bosco, tal vez en nombre de la experiencia práctica y del contacto con la realidad, atenúa ciertas posturas de San Alfonso, que había escrito: «Non sei nato né per vivere, né per godere, per farti ricco, per mangiare come bruti». El fundador de los salesianos suaviza esa concepción rigorista y añade: «Non sei al mondo solamente per godere, per farti ricco, per mangiare».<sup>22</sup> Reproduce en el *Giovane provveduto* la canción alfonsiana «mondo più non sei per me», entendiendo por mundo, no la creación que salió de la manos de Dios buena, ni la colaboración del trabajo humano con Dios, sino el mundo arrastrado por el pecado original y poseído por Satanás. Pero dulcifica a San Alfonso con el espíritu de San Felipe Neri, que recomendaba a sus educandos: «Estad alegres: no quiero escrúpulos, ni melancolías; me basta que no cometáis pecados».<sup>23</sup> Aquí está el origen histórico del dicho salesiano: *Servite Domino in laetitia*.

<sup>20</sup> G. MARTINA, *La Chiesa nell'età del liberalismo*, Brescia, Morcelliana 1979, p. 8; por lo que se refiere a la mentalidad contrarrevolucionaria que respiró el joven Bosco, se puede ver: C. BONA, *Le Amicizie Società segrete e rinascita religiosa (1770-1830)*, Torino, Società Subalpina 1962; L. MEZZADRI, *La Chiesa e la rivoluzione francese*, Milano, Edizioni Paoline 1989.

<sup>21</sup> A. ROSMINI, *Le cinque piaghe della Chiesa*, a cura di C. Riva, Brescia, Morcelliana 1966, p. 163; la mentalidad opuesta, es decir, aquella que detecta en toda confiscación del patrimonio eclesiástico un atentado a la fe, emerge con fuerza en las revistas eclesiásticas de la Restauración: *Enciclopedia ecclesiastica* (Napoli 1821-1823), *Memorie di religione, morale e letteratura* (Modena 1822-1823), *Amico d'Italia* (Torino 1822-1830).

<sup>22</sup> STELLA, *Don Bosco II*, p. 41; los diferentes matices, quizás, no se explican tanto por enfoques teológicos diversos (don Bosco sigue la línea benignista de San Alfonso) como por las épocas y los contextos diversos, en los que ambos operan: Alfonso se dirige al hombre del 700, don Bosco está en contacto con jóvenes del 800.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 56-57 (don Bosco usa también varios recursos como la gimnasia, la música, la declamación, el «teatrino», los paseos, como, por otra parte, había hecho desde la infancia).

En cuanto a los papas de la Restauración, su presencia en don Bosco está atestiguada por el juicio duramente negativo que hace de la Revolución francesa, de la Masonería y las sociedades secretas, a las que se atribuye el objetivo constante de querer demoler al mismo tiempo el trono y el altar,<sup>24</sup> de la sociedad liberal y socialista, que opone toda clase de obstáculos a la escuela católica y a la exposición social de la religión, mientras que abre los diques a la prensa blasfema y obscena, a los espectáculos antieducativos, a la moda pagana.

El itinerario de la descristianización moderna en los documentos pontificios igual que en la *Storia Ecclesiastica* procede a través de algunas etapas fundamentales, que son: Lutero, masones, enciclopedistas (Voltaire, Rousseau), jacobinos (Robespierre). Estos personajes no son más que disfraces de Satanás. La identificación del diablo con la Revolución será un *leit-motiv* de Pío IX después de 1849 y se encuentra ya en nuestro autor, que afirma que el demonio «bajo el manto de las sociedades secretas, de la moderna filosofía, excita rebeliones, suscita sangrientas persecuciones». En homenaje al libre examen, los protestantes deben decir: «Haced la que queráis: robad, desobedeced, matad al rey».<sup>25</sup>

Después de Lutero y Calvino, cuya vida «monstruosa» fue castigada por la «Divina vendetta» con una muerte horrenda,<sup>26</sup> la otra bestia negra es la Maso-

<sup>24</sup> F. MOLINARI, *La Massoneria nei documenti pontifici dell'Ottocento* (en prensa); J.A. FERRER-BENIMELI - G. CAPRILE, *Massoneria e Chiesa cattolica ieri oggi domani*, Roma, Edizioni Paoline 1979, p. 17 (los documentos antimasonícos son muy repetitivos: la constitución Provisas de Benedicto XIV reproduce prácticamente la constitución *In eminenti* de Benedicto XII y define el objetivo de las asociaciones masónicas con la fórmula, después repetida siempre por los papas del Ochocientos: *maquinar contra la religión, el Estado, las leyes*; la Revolución francesa, como conjura masónica, forma parte como *topos* del patrimonio católico decimonónico; pero queda «redimencionada» por la convergencia de muchos datos: la Masonería es progresista y predica la monarquía constitucional, pero no el terror jacobino; apoya el trinomio programático «libertad, igualdad, fraternidad», pero camina en la dirección de las reformas, no de la revolución; entre los guillotizados de la Revolución muchos eran masones, entre los cuales el sacerdote Jean Marie Galot (1747-1794), beatificado por Pío XII. Se puede ver su perfil en: *Liberi muratori di ieri e di oggi*, Roma, Camelo Editore 1986, p. 219; en cambio, Napoleón estaba muy cercano a la Masonería, y probablemente él mismo era masón (cf. F. COLLAVERI, *Napoleone imperatore e massone*, Firenze, Nardini 1986). En Italia el historiador mejor informado es: A. MOLA, *Storia della Massoneria italiana dall'Unità alla Repubblica*, Milano, Bompiani 1976; la tesis del complot masónico es atribuida a A. Barruel, quien, sin embargo, distingue unos masones complotistas de otros; por tanto, tampoco Barruel acepta la tesis del complot masónico, que fue enfatizada después de él.

<sup>25</sup> SE, 278s; la frase se repite idénticamente en: SE 1871, 267; la mentalidad de Pío IX se ilustra con vigor en: P.G. CAMAIANI, *Il diavolo, Roma e la rivoluzione*, en «Rivista di Storia e Letteratura Religiosa» 8 (1972) 485-516; idénticos temas resuenan en el artículo del mismo autor en: *Chiesa e religiosità in Italia dopo l'Unità (1861-1878)*, Relazioni II, Milano, Vita e Pensiero 1973, p. 65-128; muy bien informado está: C. BREZZI, *Orientamenti della Massoneria intorno al 1870*, en: *Ibid.*, Comunicazioni II, p. 307-340 (Brezzi analiza a través del microscopio el anticlericalismo masón); téngase presente que en la edición de 1871 la SE de don Bosco amplía enormemente la presencia de la Masonería en Italia; el Santo recibió, probablemente, el influjo del clima que se formó después de la «Breccia di Porta Pia».

<sup>26</sup> SE, 301.306; en SE 1871, 285, la desaparición de Lutero se describe de modo idéntico;

nería que, según él, fue la que desencadenó la Revolución francesa.

La responsabilidad de la Masonería sobre la apostasía del mundo moderno llega a tal punto de simplificación y de violencia que el mismo papa Benedicto XIV (1740-1758), de quien se conoce bien la apertura hacia la cultura y la correspondencia con Voltaire, es para don Bosco casi sólo el paladín de la lucha antimasonónica: «empleó las dieciocho años de pontificado combatiendo a los herejes, reprimiendo las tramas que los masones y los filósofos tendían a la religión».<sup>27</sup>

Nuestro autor dice que los masones reciben sus doctrinas de Manes y que provocaron todos los males que derivaron de la Revolución francesa «conspirar con implacable odio contra los reyes, los Papas y los sacerdotes, y contra el Dios de los cristianos, destruir a Dios y la religión, y con esta misma religión se obligan bajo juramento ante aquel Dios que se pretende destruir; los masones recibieron después también el nombre de jacobinos del templo dedicado a S. Jacobo, donde se habían reunido».<sup>28</sup>

Los francmasones, los filósofos ilustrados, los jacobinos son hermanos gemelos, unidos por el mismo pensamiento que los masones cultivaban en secreto, los filósofos dieron a conocer y los jacobinos transformaron en matanzas despiadadas. Escribe don Bosco: «Las sociedades secretas, algunos fanáticos llamados iluminados, unidos a los filósofos, con la pretensión de querer reformar el mundo, produciendo en todos la igualdad y la libertad, suscitaron una revolución, que habiendo comenzado en 1790 duró 10 años y fue causa del derramamiento de mucha sangre».<sup>29</sup>

Resistencia y supervivencia de la Iglesia como piedra, contra la que se quebraron los esfuerzos de los impíos, muerte infame de estos impíos: esas son las constantes de la historia, en la que las puertas del Infierno no prevalecen. Voltaire, aun habiéndose confesado, murió desesperado; Rousseau tomó veneno y después se mató con una pistola; Robespierre, monstruo antropófago (en el sentido literal del término) «para evitar el bochorno de una muerte pública cual otro Nerón, se dispara un golpe de pistola en la boca, se destroza la mandíbula superior y no muere. Se le deja agonizar largo tiempo en medio de los

pero se omite la frase de la edición anterior que decía «cessò di vivere qui per andar nell'inferno a patir co' demoni, i quali aveva più volte implorato in suo aiuto» (además se corrigió el error de la fecha, que hacía morir a Lutero en 1545 en vez de en 1546); en la edición de 1871, fue quitada «Divina vendetta» que, en la primera edición, hacía espirar a Calvino entre atroces torturas.

<sup>27</sup> SE, 334; SE 1871, 314-318 (el antimasonismo es una constante, que se mantiene, es más, se acentúa en la segunda edición, que repite y subraya la inexactitud de la primera, por ejemplo, que la doctrina masónica es la de Manes y que las leyes masónicas son escuelas de ateísmo).

<sup>28</sup> SE, 335-336; SE 1871, 321-322 (también en esta edición se repite la consabida tesis de la Revolución francesa complot masónico y de la Masonería atea y materialista: basta leer la Constitución de Anderson [1723], para darse cuenta de que el ateo no es admitido en la Masonería, cuya finalidad última es la de construir la «Familia universal de los amorosos hermanos» y no la de dejarse llevar por el maniqueísmo o por el «fraccionismo» clásico.

<sup>29</sup> SE, 343.

insultos punzantes de la plebe, y ya muy cercano a abandonar esta vida, es conducido sobre el palco y le cortan la cabeza en 1794».<sup>30</sup>

La muerte atroz del hereje, del perseguidor, del ilustrado, del socialista Saint-Simon,<sup>31</sup> que corresponde al canon clásico *De mortibus persecutorum* de Lactancio, no revela desde luego al Dios-Amor, *cuius proprium est misereri semper et parcere*, sino más bien al Dios-Justiciero que manifiesta la «Divina vendetta», no sólo con el infierno, sino también con la desesperación en la tierra. *Non est pax impiis* es la contraposición del *servite Domino in laetitia*. En la otra orilla de este rincón infernal con todo mal sin ningún bien, que es el mundo pecaminoso, se contraponen la comunidad católica sede de todo bien sin ningún mal. Se podría hablar de monofisismo historiográfico, en el sentido de que don Bosco pone entre paréntesis y calla lo material humano de la Iglesia y las inevitables debilidades de las criaturas, para subrayar sólo las luces, que son las obras de la caridad y la ola de tantos santos.

La estrategia apologético-polémica, unida a la finalidad de mantener a los jóvenes lejos de los valdenses del Piamonte y de la corrupción de la civilización moderna hace que en la interpretación de las grandes fracturas eclesiales del siglo XI y del XVI y hasta de los abusos del colonialismo, la responsabilidad se atribuya exclusivamente a las «ramas secas» y nunca a los católicos. A propósito de la Iglesia de Oriente, el comentario amargo lo liga con la caída de Constantinopla (1453), durante la cual los soldados de Mohamed II devastaron iglesias, profanaron conventos, martirizaron al pueblo: «Aquella Grecia – comenta el historiador intransigente – que dio a la Iglesia grandes santos e insignes doctores, ahora yace envilecida en medio del vicio y de la ignorancia. No ha querido reconocer la autoridad del sucesor de Pedro que la trataba como un padre, ha caído bajo el yugo de los infieles, que la trataron como una esclava».<sup>32</sup>

La página oscura de los conquistadores españoles y portugueses queda so-

<sup>30</sup> SE, 338-339.345-346; SE 1871, 317-318.323 (idéntica la versión de la muerte de Voltaire, Rousseau y Robespierre; a propósito de la de este último, se repite la «Divina vendetta», con abundante distorsión de hechos reales).

<sup>31</sup> SE, 375s (en la edición de 1871 se omite la vida y la muerte atroz de Saint-Simon); la pedagogía del miedo, que está implícita en toda la SE y emerge, sobre todo, del motivo «*de mortibus persecutorum*» resuena en toda la educación católica del Ochocientos, que en los ejercicios espirituales incluye siempre la descripción de la muerte, juicio, infierno, purgatorio, paraíso (la plática más débil era siempre la del paraíso); el historiador Delumeau, católico ferviente, cuenta que la raíz de sus investigaciones sobre el miedo en Occidente se encuentra en el efecto traumático de las letanías de la buena muerte, recitadas en el colegio salesiano de Niza Marítima, al que fue llevado, a los trece años, después de la muerte de su padre (cf. J. DELUMEAU, *La peur, en Occident [XIV-XVIII]*, *Une cité assiégée*, Paris, Fayard 1978, p. 25-27).

<sup>32</sup> SE, 275; SE 1871, 258-259. La absoluta falta de espíritu ecuménico es un signo de los tiempos más que una característica de don Bosco; la hegemonía de la recíproca y agria polémica sobre el diálogo fraterno en las relaciones católicos-valdenses emerge en el librito de: M.L. STRANIERO, *Don Bosco e i valdesi*, Torino, Claudiana 1988. Se trata de un librito pobre desde el punto de vista científico, pero interesante como espejo de mentalidades.

brevolada y casi eliminada por la benemerencia de los misioneros. Escribe nuestro autor: «Y a pesar de que los viajeros, que por la sola sed de dinero fueron allá, hayan llevado a cabo muchas crueldades, no en menor medida los maestros del Evangelio, movidos por el solo deseo de ganar almas para Dios, hicieron muchas conversiones».<sup>33</sup>

En la etiología de las causas, no hay sombra de duda crítica. Si el papa Adriano VI en las instituciones al Nuncio Chierigati había reconocido con valiente humildad que la crisis eclesial se debía a los pecados de los hombres y en especial a los de los sacerdotes y preladados, don Bosco, en cambio, instituye un proceso de dirección única: demonización de los «otros», que son los malos, exaltación hagiográfica de los santos, como si el catolicismo fuese una asociación de ángeles y no una comunidad de pecadores salvados por la pura y la gratuita misericordia de Dios. Los «otros» pueden ser Lutero, Calvino, Enrique VIII, que con su conducta disoluta o con su doctrina perversa han conducido a muchedumbres al infierno, o bien los filósofos ilustrados y socialistas, que mueren desesperados o hasta suicidados, como para significar la auto-destrucción de la civilización moderna.

La dolorosa fractura del siglo XVI no se debe, según don Bosco, más que a la soberbia, a la ambición, la petulancia, la impudicia y todos los vicios de Lutero que «formó una doctrina que contamina todas las cosas sagradas, conculca los sacramentos, destruye la libertad del hombre, diciendo que son inútiles las obras buenas, despierta la licencia de pecar, pone en Dios la causa de todos los males, rechaza en suma toda ley y reduce al hombre al estado de los brutos».<sup>34</sup>

A su vez, Calvino quiso vengarse de los católicos, porque no había recibido un beneficio y huyó para no pagar la pena por un delito que don Bosco define como nefando, enseñó la arbitraria predestinación de la mayor parte de los hombres al infierno, actuó como un verdadero tirano y condenó a la pena del fuego a Miguel Servet.<sup>35</sup> El rey de Inglaterra, Enrique VIII, se rebeló contra el papa, porque era un vicioso y deseaba repudiar a su legítima esposa, Catalina, para casarse con otras mujeres, a todas las cuales abandonó después o llegó a hacer matar.<sup>36</sup>

Aún más horrendo es el final de los corifeos del mundo contemporáneo, como se ha visto.

Frente a esta hecatombe de la ira en el castigo, con el fondo oscuro de la Revolución encarnación de Satanás, brilla, como contraste, la epopeya de los santos y de los mártires. Don Bosco acentúa la presencia de la santidad a la que atribuye cuatro papeles: 1) es la prueba del nueve de la solidez monolítica

<sup>33</sup> SE, 282; SE 1871, 262 (la versión es casi literalmente idéntica).

<sup>34</sup> SE, 290; SE 1871, 269.

<sup>35</sup> SE, 291-293; SE 1871, 271.

<sup>36</sup> SE, 294-295 (en la p. 296 aparece un pequeño *lapsus*: se hace morir a Tomás Moro en 1534, en vez de en 1535; el mismo pequeño error se repite en SE 1871, 273).

de la verdadera Iglesia; 2) infusión del Espíritu Santo; 3) expresión del amor fraterno inculcado por Cristo; 4) respuesta adecuada a las exigencias de la época y a la hostilidad de los enemigos.<sup>37</sup> Me detendré brevemente en los dos últimos aspectos. La santidad como expresión de amor fraterno tiene, ante todo, un valor autobiográfico, desde el momento en que don Bosco es el santo de la caridad puesta en obra, del mismo modo que a Cafasso se le puede definir como el santo de la caridad silenciosa (y todos los santos piemonteses, Cottolengo, Cafasso, Murialdo, se encuentran en la línea de la solidaridad evangélica).

Todos los héroes de Cristo son genios de la caridad: Pier Damiani atiende todos los días a una muchedumbre de pobres; Domingo está animado por espíritu de caridad solamente; Francisco de Asís se impone la norma de no rechazar la limosna de nadie; Brígida de Suecia funda un hospital junto a su palacio; Francisco de Paula realiza prodigios estrepitosos en favor de los pobres; Amadeo de Saboya va en persona a realizar los más bajos servicios en bien de los enfermos; Juan de Dios crea la orden hospitalaria; Luis Gonzaga es mártir de la caridad heroica hacia los apestados; Felipe Neri pone su risueña alegría al servicio de los pobres y de los enfermos; Vicente de Paul, es, por excelencia, el santo de los pobres.

Al poner el acento sobre el principio del amor, don Bosco mata varios pájaros de un tiro: presenta a los jóvenes el ideal de la oblatividad, arroja rayos de luz sobre los reflejos beneficios sociales del Evangelio, presenta el catolicismo bajo una luz simpática, corrigiendo el efecto negativo del Dios enfadado e indignado, como aparece con la «Divina vendetta».

La santidad, en la óptica de don Bosco, representa también la divina respuesta a las crisis del mundo *totus positus in maligno*. Cito dos casos. El siglo de hierro dio la «pornocracia» de Marocia y Teodora: «Pero no hay otro siglo que haya dado un número tan conspicuo de santos a la Iglesia Universal». Lástima que de ese número tan conspicuo sólo cite dos nombres: San Bernón y San Romualdo.<sup>38</sup>

Así, frente al diluvio del protestantismo, la verdadera reforma católica fue el siglo de los santos: «Fue especial disposición y Providencia de Dios que en un tiempo en el que los herejes trataban de arruinar la Iglesia, surgieran escuadras de religiosos, de santos doctores, que con muchos acontecimientos glorio-

<sup>37</sup> Sobre estos aspectos, véase: F. MOLINARI, *I santi nella Storia Ecclesiastica di don Bosco*, en: «Credere oggi» 8 (1988) 5, 45-46; sobre la psicología del Santo: G. DACQUINO, *Psicologia di don Bosco*, Torino, SEI 1988 (el volumen, válido desde el punto de vista psicológico, tiene el defecto de basarse en documentos críticamente discutibles, como las *Memorie biografiche*, que son actualmente objeto de un análisis atento desde el punto de vista filológico: F. DESRAMAUT, *Les Mémoires I de Giovanni Battista Lemoyne. Étude d'un livre fondamental sur la jeunesse de Jean Bosco*, Lyon, Maison d'études Saint-Jean-Bosco 1962.

<sup>38</sup> SE, 197; SE 1871, 205-206 (la exposición del siglo de hierro es más positiva que en la edición anterior).

«... que hicieran florecer para la Iglesia en todas las partes del mundo una numerosísima falange de santos».<sup>39</sup>

Sigue la lista, que comienza con Cayetano Thiene y se cierra con Carlos Borromeo.

Don Bosco habla y escribe del catolicismo como patria de los Santos con énfasis hagiográfico de igual fuerza que su severidad polémica cuando estigmatiza al mundo. Muy distinta es la actitud de otros eminentes católicos, a los que Traniello llama «conciliatoristi», como Manzoni, Rosmini, Curci, Newman.

Manzoni expresa la relación dialógica con esta célebre observación: «Cuando el mundo ha reconocido una idea verdadera, magnánima, lejos de contrastársela, es necesario reivindicarla al Evangelio. [...] Lo que la religión puede condenar en aquellas ideas es todo lo que no es bastante razonable, ni bastante universal, ni bastante desinteresado». Y precisa que no sólo se da en el Cristianismo la fuente de la verdadera libertad, porque impone al hombre el respeto a los demás y el dominio de sí, asegurando la libertad interior y la superación del despotismo.<sup>40</sup>

Manzoni estaba unido en íntima amistad con Rosmini, cuya actividad tenía un objetivo preciso, la reconciliación del Evangelio con los ideales modernos a través de una renovación de la Iglesia y de la sociedad, como lo augura en las dos obritas *Delle cinque piaghe della Santa Chiesa* y *La costituzione secondo la giustizia sociale* (1848). La viva y activa participación de los laicos en la comunidad se vive a través del voto, aunque sea censatario; y en la comunidad eclesial, a través de la participación laical en la elección de los obispos. Esto hace de Rosmini, como de Newman, aunque por títulos diferentes, dos pioneros de la teología del laicado.<sup>41</sup>

El más activo y audaz, sin embargo, sigue siendo Carlo Maria Curci (1809-1891), que en 1849 había fundado la «Civiltà Cattolica» con un programa de intransigencia temporalista; pero después no tuvo miedo del «terribile sonaglio», es decir, del catolicismo liberal que, como demuestra Gian Domenico Mucci, abrazó con reformismo audaz. Y en el que salva la autoridad infalible del Papa y toda la doctrina católica, pero sostiene que la renovación de la cristiandad es la premisa para la renovación política de los Estados. Y en tal reforma interna de la Iglesia entran la participación de los laicos en la vida ecle-

<sup>39</sup> SE, 297; SE 1871, 274-284 (una característica feliz de la edición de 1871 es la división en capítulos, en los que aparecen más subrayados, en los títulos y en los contenidos, los valores positivos del catolicismo a través de los santos y de las órdenes religiosas).

<sup>40</sup> U. COLOMBO, *Alessandro Manzoni*, Roma, Edizioni Paoline 1985, p. 263-280; A. MANZONI, *Osservazioni sulla Morale Cattolica* a cura di U. Colombo, Roma, Edizioni Paoline 1965, p. 319-354 (el capítulo se titula: «Degli odi religiosi»).

<sup>41</sup> Sobre Rosmini, cf. *Delle cinque piaghe*, ya citado, y sobre Newman: H.F. DAVIS, *Le rôle et l'apostolat de la hiérarchie et du laïcat dans la théologie de l'Eglise chez Newman*, en: *L'ecclésiologie au XIX siècle*, Paris, Ed. du Cerf 1960, p. 329-350.

sial, comprendida la elección de los párrocos, la aceptación de la brecha de Porta Pia como purificación providencial de la Iglesia, la espiritualización de la Curia Romana, demasiado politizada, el paso de la Iglesia de sinagoga cerrada e inmovilista a la fase del diálogo; el diálogo pastoral con el mundo, cuyos valores positivos hay que apreciar; es la nueva vida de la evangelización que hay que realizar a través de los laicos y que produce la verdadera naturaleza de la Iglesia, que es la encarnación del amor divino en la tierra.<sup>42</sup>

### 3. Consideraciones finales

La *Storia ecclesiastica* de don Bosco se sitúa en el extremo opuesto de estos católicos del diálogo. Pero su mentalidad intransigente se enlaza con una extraordinaria ductilidad práctica, que lo hace amigo sincero de los obispos «transigentes» Scalabrini y Bonomelli,<sup>43</sup> además de confidente de muchos anticlericales como Rattazzi, Lanza, Vigliani, Ricasoli, Cibrario, Crispi.<sup>44</sup> Por eso no causa extrañeza que en 1865 nuestro autor pudo obtener la participación del príncipe Amadeo en la colocación de la primera piedra del santuario de María Auxiliadora. Eran los años en los que Vittorio Emanuele II trataba de limar las asperezas con el Vaticano. Si para Pío IX don Bosco era un sacerdote fidelísimo, prudente y activo, para los medios anticlericales era un cura celoso que, a pesar de sus ideas trasnochadas contribuía a la educación del pueblo.<sup>45</sup>

Una última diferencia señala la distancia del santo turinés respecto del integrismo: el contacto con lo concreto de la historia cotidiana que le facilitaba no tanto el estudio del pasado como la capacidad de leer el presente (por ejemplo, su atención hacia los jóvenes «objeto», explotados por la naciente civilización industrial, la sensibilidad hacia la escuela profesional, la oportuna percepción del problema de la prensa). Su amor hacia la historia no fue inferior a su pasión por la Iglesia y al deseo de la propia santificación personal.

Como base de toda la *Storia ecclesiastica* de don Bosco, hay un concepto

<sup>42</sup> MUCCI, *Il primo direttore della «Civiltà cattolica»*; ID., *Carlo Maria Curci il fondatore della «Civiltà Cattolica»*; C. PICCIRILLO, *Le idee nuove del p. Curci sulla questione romana*, en: *Chiesa e Stato nell'Ottocento* Miscellanea in onore di Pietro Pirri, Padova, Ed. Antenore 1962, p. 607-658.

<sup>43</sup> Sobre Bonomelli e Scalabrini, cf. G. GALLINA, *Il problema religioso nel Risorgimento e il pensiero di Geremia Bonomelli*, Roma, Ed. Università Gregoriana 1974; C. MARCORA (ed.), *Carteggio Scalabrini-Bonomelli (1868-1905)*, Roma, Studium 1983; sobre la emigración, son fundamentales los estudios de Rosoli. En nuestro caso es especialmente útil: G.F. ROSOLI, *Impegno missionario e assistenza religiosa agli emigranti nella visione e nell'opera di don Bosco e dei salesiani*, en: TRANIELLO (ed.), *Don Bosco nella storia della cultura popolare*, Torino, SEI 1987, p. 289-293. Debe tenerse presente que en las páginas de la SE aparece frecuentemente el tema de la emigración, sobre todo en relación a las misiones.

<sup>44</sup> STELLA, *Don Bosco II*, p. 90-95.

<sup>45</sup> Muchos jóvenes eran confiados a don Bosco por la misma autoridad civil, que obviamente se consideraba ligada y agradecida a él.

doctrinal que subyace en el relato, condiciona la elección de los hechos y aparece como referencia en la interpretación de los documentos.

La idea-madre es la idea del mundo,<sup>46</sup> como un polo totalmente negativo en contraposición a la Iglesia como polo totalmente positivo y se expresa en el lema *Extra Ecclesiam nulla salus*. El mundo está *totus positus in maligno*: es el concepto típico de la intransigencia, en dialéctica con la doctrina del catolicismo conciliador y dialogante, que, fuera del círculo cerrado de la Iglesia, sabe encontrar el alma de la verdad, los gérmenes de lo positivo, las semillas del *logos*.

El mundo como realidad antidivina, nido de víboras hostiles a Dios, sabe a cuarto evangelio, a tradición de Plotino con vetas maniqueas, a mentalidad contrarrevolucionaria, típica de la Restauración, cuando se soñaba con una época en la que la Iglesia se pronunciaba, no sólo sobre materias de fe, sino también sobre normas y costumbres, en la que promulgaba leyes disciplinares, establecía jerarquías y las destituía, corregía a los fieles y alejaba de su seno a los miembros corrompidos.<sup>47</sup>

<sup>46</sup> R. GUARDINI, *Mondo e persona*, Milano 1964; F. GOGARTEN, *L'uomo tra Dio e il mondo*, Bologna 1967; H.U. Von BALTHASAR, *Liturgia cosmica*, Roma 1976; J.B. METZ, *Sulla teologia del mondo*, Brescia 1969.

<sup>47</sup> B. PLONGERON, *Archetipo e ripetizioni di una Cristianità*, en: «Concilium» 7 (1971) 1366.